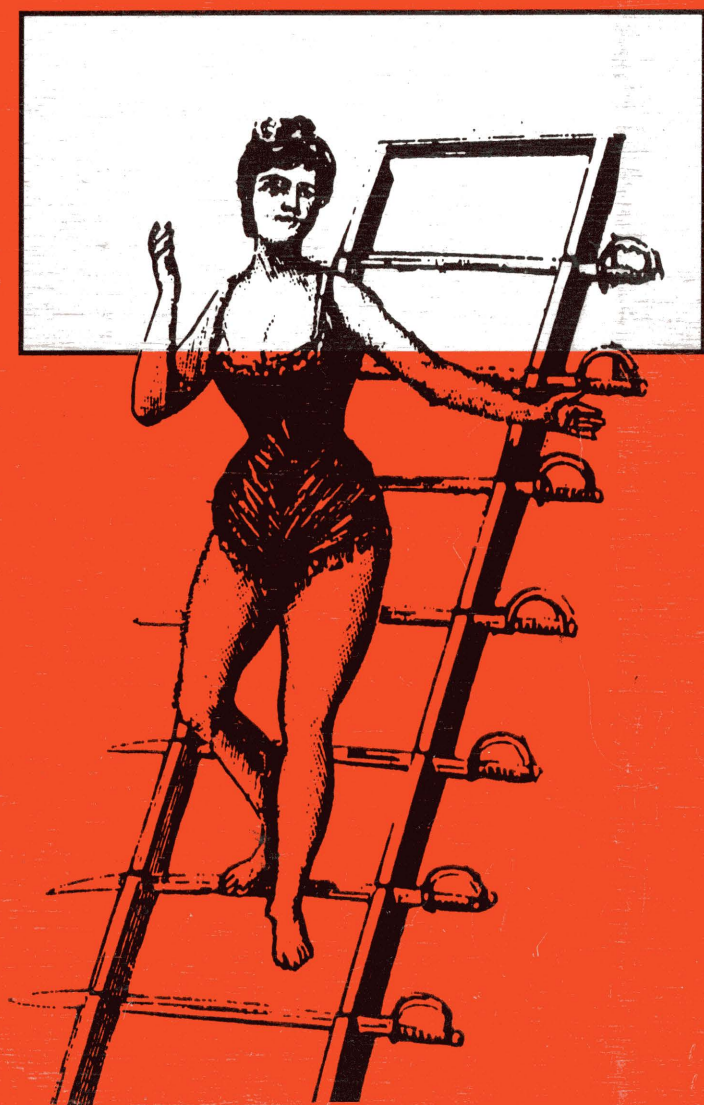


LOS ARBOLES DEL INFIERNO

Federico González Ramírez



LOS ARBOLES DEL INFIERNO

Federico González Ramírez

Colección dirigida por
Antonio Bordón

EDICIONES FUNÁMBULA, 1990
Apartado de correos, 1.016
35002 Las Palmas
Depósito Legal: GC 137-1990
Impreso en Litografía Prag, s.l.
c./Marianao, 22 ~ Telf.: 31 55 25
Las Palmas de Gran Canaria

CUANDO UN POETA DESPIERTA

Cuando un hombre despierta y vuelve a saberse en el mundo de la mentira hecha religión, en el mundo gobernado por lacayos de mercaderes y maniatado por miles de lianas llamadas instituciones e intereses, sentirá nuevamente estupor ante su lúcida ignorancia y su torpe rebeldía ("No puede ser. En ti no está sólo la muerte").

Si además resulta joven el poeta, casi adolescente, y a su pesar intuye, desde el pupitre de la castración moral, un futuro de esperanza hecha piedra ("Necesito dejarme caer como si nada existiera"), puede que maldiga de su indócil sensibilidad y tiemble ante las palabras que quizás sabrá utilizar con la destreza trémula de los que nos ahogamos en un vaso de agua ("Y todo contigo se irá hacia la nada. Llorarán por un año las estatuas").

Y buscará ansioso la huida, tan sólo querrá huir, como todos los demás poetas que aún permanecen jóvenes. Se agarrará a lo único que parece pertenecerle: con todas sus escuálidas fuerzas se agarrará contra la carne que a fin de cuentas inevitablemente es (¿A qué doblar esquinas si se fue feliz? ¿A qué morir en cada vida?).

E intentará inventar el amor nunca inventado desde antes de la primera memoria de los hombre, y lo sublima con cualquier nombre sin concepto, con el nombre del infierno -por ejemplo; pues hay que empezar el aprendizaje de aceptar el engaño como escape hacia la guarida que hemos llamado literatura. Es el precio a pagar por la sensibilidad todavía insumisa, probablemente el único precio ("A menudo no queremos saber que nuestros peores enemigos somos nosotros mismos").

Luego, con el tiempo, toda ignominia embadurnada de arte será más llevadera e inclusive respetada o galardonada por los tiranos. Se irá perdiendo cautelosamente el fuego de la rebeldía estupefacta al son de la nana dormidera y nos autoproclamaremos maestros de la resignación estoica ("... no lloréis: no existen los hijos del desamor").

En la guarida, casi siempre incómoda y penumbrosa, el poeta aún joven pugnará por perpetuar desde su soledad –y a través de la publicación de sus poemas, relatos, piezas teatrales– el diálogo solidario con alguno, con algunos, de esos otros solitarios que nos leerán y a los que llamamos prójimos o semejantes. Lo necesitamos como al aire para respirar, no importa que éste sea tóxico (“Aquí la muerte, pendiendo, aburrida, de una cuerda”).

Y elige el poeta aún joven la osadía de mostrar sus temores, sus impotencias, sus cegueras, sus desconciertos, hambriento de la posiblemente más digna de las vanidades: desear ser también amado para creerse menos solo. Porque está en esa hambre la trampa menos indigna, la trampa que precisamos incessantemente para mantener en vilo la tozudez del que no se dobla ante los mercaderes de muerte y vilezas (“ya no quedan sombras ocultas entre mis dedos”).

Más şaldrá de la guarida, y volverá a rozarse con realidades ariscas, a pringarse con realidades viscosas, a convulsionarse con realidades epilépticas que, fatalmente, grabarán en su espíritu virgen la sensación frenética de que este mundo de náuseas bien vale un carne donde soñar el amor (“Por siempre unidos y grises. ya no somos libres”).

Víctor Ramírez

LOS ARBOLES DEL INFIERNO (1984-1986)

*A Africa, el árbol más frondoso que
en silencio crecía en el infierno.*

*Sabiendo que jamás me he equivocado en nada,
sino en las cosas que yo más quería.*

LUIS ROSALES

*porque nadie regresa del dolor y permanece
siendo el mismo hombre.*

LUIS ROSALES

ODA A LA MUERTE ADOLESCENTE

A K.

I

No puede ser. En ti no está sólo la muerte.

No se encuentran en ti sólo los llantos de mil

doscientos ojos,

ni el dolor inigualable de seiscientos distintos

corazones,

o sólo de uno.

O sólo de uno.

No sólo habita en ti la muerte. Están contigo

siempre todos los sueños

del último viernes, están contigo todos los desayunos,

todas las palabras que nunca fueron pronunciadas,

incluso el amor,

en ti toda la presencia que jamás será repetida,

en ti todo el olvido, cuerpo inerte, mole,

centro de todo el absurdo sin límite,

centro de tantos ojos que no conociste,

no sólo la muerte, no, no sólo la muerte,

sino toda tu ausencia gimiendo en nuestros labios,

sino todas tus sombras rompiéndonos las manos,

están en tí, cuerpo inmóvil, sangre yacente,

están en tí.

II

Y todo contigo se irá hacia la nada.

Llorarán por un año las estatuas. Pero sólo
por un año.

Vestirán de negro todas las plazas. pero sólo
por un año.

Sólo por un año verteremos sobre ti todo el llanto
que nos sobraba, todo el deseo de angustia,

toda la lluvia,
todas nuestras cicatrices caerán sobre ti en
sólo un año.

Pero yo no quiero que se pierda entre cenizas
tu recuerdo,
pero yo no quiero que se acabe entre memorias
sin dolor

toda una vida, toda tu vida, toda mi vida,
porque acaban así todas las vidas,
porque todos se olvidan de los muertos,
porque todos nos olvidamos de los muertos
a ti te pido, sangre, hueso, carne troceada
por el llanto,

carne mordida, última visión de ti, sueño incorrupto,
que sigas viviendo en mi memoria,
que ocupes sin permiso nuestros vientres,
dolor eterno,

que no dejes que nunca habite en mí el olvido.

Agosto 1986

LABERINTO

Duerme ignorados mundos
en laberinto complicado
de ángulos escondidos
y de sótano eterno, invulnerable.

Duermen otros yo
que luchan por despertar.
Y por despertar muero.
Y duermo.

Y en cada esquina el fin
y el principio. ¿Dónde estarán
los sueños de la niñez?
¿A qué doblar esquinas si se fue feliz?
¿A qué morir en cada vida?

Abril 1984

A MENUDO

A menudo
pensamos que las sombras
que habitan en nuestro caparazón
inhumano
nos son fieles.

A menudo
soñamos que los fantasmas
que luchan en nuestra mente
confusa
nos son extraños.

A menudo
no queremos saber
que nuestros peores
enemigos
somos nosotros mismos.

Julio 1984

LENTAMENTE

Nadie me advirtió
que la vida
es una continua sucesión
de sentimientos
que dañan sin querer,
que luchan
y que nunca vencen.

Nadie me advirtió
que no existen
los amores eternos
ni los sueños,
que el amar está tan cerca
del odiar
que se comprenden.

Pero prefiero
que nadie me lo advirtiera.
Comienzo a sentirlo,
lentamente.

Julio 1984

NO EXISTEN LOS HIJOS DEL DESAMOR

En esta hora en que todo es miseria,
y gritan los hijos del asfalto
pidiendo al sol que mañana no vuelva,
y que escupa su luz donde puedan comerla
y sentirla, y hasta cubrir con ella
las extrañas brisas que los envuelven
en olor a alquitrán y en amargo sabor a tierra...

En esta hora en que todo es silencio
para quien llora pidiendo clemencia,
para quien vive en busca de huellas
y de sombras a las que amar por un día,
sólo por un día. Silencio que se convierte
en aullidos de tristeza, en gemidos de impaciencia,
en ocultas miradas de agonía
que recorren temerosas las tinieblas...

En esta hora en que todo es memoria,
y sólo recordamos que antes no había horas,
ni había silencio pese a la memoria de nuestra
miseria;
en esta hora en que nos convertimos en niños
buscando respuestas bajo las piedras;
en esta hora en que creemos que el odio
nos cubre la piel y de llagas la llena...

... no lloréis: no existen los hijos del desamor.

Allí la carta.

Catorce palabras:

“Suicidarse
es comprender
que vivir
es aceptar las reglas
de este juego
de muertos”.

Aquí la muerte,
pendiendo, aburrida,
de una cuerda.

LA DAMA NEGRA

La dama negra extendió sus manos
y me abrazó hasta casi ahogarme,
cubriéndome de vida junto al beso
tierno y oscuro de su sentimiento.
Yo la dejé hacer: me sacudió,
me levantó hacia el infinito, humedeció
todo mi cuerpo. Yo la llené de mí,
me convertí en araña negra en su seno,
entré en el laberinto oscuro hasta ser yo mismo.
penumbra, abismo, noche, oscuridad.

(Tu piel me abrasa aún sin rozarla).

Fue lenta la agonía del amor hacia la luz.
La puñalada del alba hirió el sueño entre mis
brazos,
cubriéndolo de triste sangre
y triste llanto. Ya no quedan sombras ocultas
entre mis dedos. Sólo la luz. Sólo la luz

(Tu piel es infierno para mi alma).

Aquella mujer reunió
innumerables libros repletos de fotos,
de imágenes estáticas
de momentos idos;
miles de servilletas de bares,
discotecas y restaurantes,
en que escribía mensajes telegráficos,
y, tras ellos, una fecha
que recordara eternamente
aquella situación y aquel espacio.

Aquella mujer pasó la vida
convirtiéndolo en papel las horas
en un intento vano
de atrapar el tiempo.

CÁRCEL DE PAPEL

Ya no somos libres. Grises
por siempre y presos
en la jaula de la instantánea,
eternamente grises y unidos
nos situó la cámara.

Tus ojos mirarán ya siempre fijos
y mi sonrisa ya nunca quedará velada.
Es imposible intentar escapar
a la rejas de tiempo que rodean
al papel. Grises. Por siempre unidos
y grises. Ya no somos libres.

POEMAS DEL AMOR EN SUEÑOS

I

Con los ojos cerrados. Con los sueños abiertos.
Tu imagen ocupa en silencio la amplitud
de mi cerebro. No hay nada que hacer.
Todo está ya dicho. Tu nombre rueda entre mis labios
enredándose junto a mi aliento.
Con los labios mojados. Con la vida en los dedos.
Sólo tu cuerpo es capaz de hacerme soñar despierto.

II

Nuevamente sentí
la cálida caricia de la arena
cubriendo suavemente nuestros cuerpos,
tus labios saciándose en mis labios,
tu pelo oscuro y mojado
cayendo sumiso entre mis dedos,
las olas susurrando, las olas susurrando
su inevitable melodía en el silencio,
hiriéndome los ojos, llenándolos de sal,
como si todo ya fuera recuerdo.

III

Como en el papel
duermo en tí mis sueños
dejándolos tenderse lentamente
sobre tu cuerpo,
y que jueguen caprichosos con tu pelo,
y que marchen suavemente entre tus manos,
sin que tú los rechaces,
sin que tú los abracés.
ocultando sus dudas en tus labios,
olvidando que al fin son sólo sueños.

Probablemente
no podría rodearte
de sueños,
ni siquiera podría
rodearte de palabras
que suplieran a esos sueños.

Probablemente
el tiempo nos confunda
los sentidos,
o nos haga sentir
como lejanos,
pero no me pidas más,
porque, probablemente,
sólo podría amarte.

A Africa

Morirás,
y en la mar se esparcirán tus sueños
en cenizas,
y seré también yo mar
con mi húmedo llanto
para que ocupes en mí
tu lugar postrero.

Necesito dejarme caer como si nada existiera,
ni siquiera esas horas que se persiguen sin llegar
a ningún lado,
como si no existieran dioses,
como si no existieran todas esas luces de escarcha
que me dañan y hieren los ojos,
ni siquiera el amor,
como si no existiera todo ese amor que presento
dormido entre mi sangre,
como si no existiera todo ese amor que me atenaza
y me ahoga y vence la garganta
tan sólo de no sentirlo,
ni siquiera los dioses,
ni siquiera ese amor que se aleja y que me obliga
a tenderme sobre el agua y sobre la angustia,
ni siquiera los dioses,
como si no existiera todo ese amor que me obliga
a dejarme caer como si nada existiera.

Julio 1986

FEDERICO GONZÁLEZ RAMÍREZ

Nace en Las Palmas en 1968. Trabaja como redactor en el periódico Canarias 7. "Los Árboles del Infierno" es su primer libro de poemas. En la actualidad prepara un nuevo libro "El Laberinto de Ulises".

LOS ÁRBOLES DEL INFIERNO, de Federico González
Ramírez, se terminó de componer e imprimir en los
talleres de Litografía Prag, s.l. en Las Palmas de Gran
Canaria el día 28 de Septiembre de 1990.

EDICIÓN DE 200 EJEMPLARES

“...Elige el poeta aún joven la osadía de mostrar sus temores, sus impotencias, sus cegueras, sus desconciertos, hambriento de la posiblemente más digna de las vanidades: desear ser también amado para creerse menos solo”.

Victor Ramírez

Ediciones Fundambula